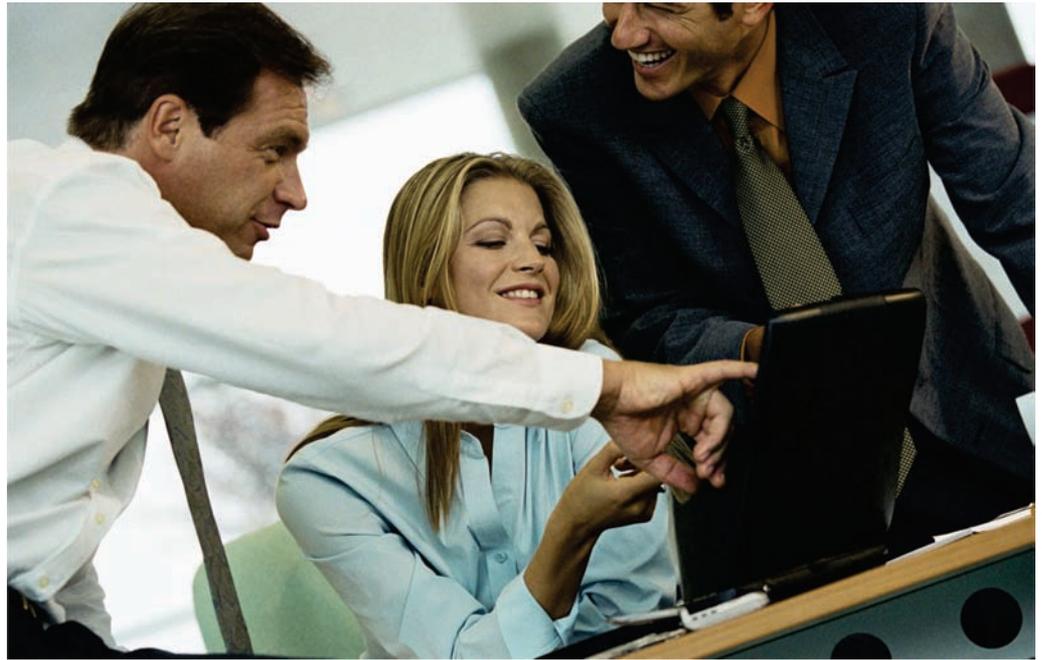


TRABAJAR EN UN MUNDO GLOBAL



EMPLEA.UNIVERSIA.ES



JAIME NUBIOLA

Profesor de Filosofía en la Universidad de Navarra y profesor del Doctorado en Filosofía de la UNT.
(jnubiola@unav.es)

La crisis económica española, aireada profusamente en los medios de comunicación, ha traído consigo en los últimos meses el regreso a su país de origen (Ecuador, Bolivia, Perú, etc.) de más de un millón de inmigrantes que vinieron atraídos por las expectativas de trabajo que se les ofrecían aquí. Mientras escribo estas líneas se difunde el nuevo dato de parados en España: "Cinco años después del comienzo de la crisis, España sigue siendo una triste fábrica de parados. Incluso en verano sube el desempleo. Entre julio y septiembre el paro aumentó en 85.000 personas, un incremento que volvió a elevar el número de desocupados a un máximo histórico, 5.778.100 desocupados, según la Encuesta de Población Activa que ha publicado el Instituto Nacional de Estadística este viernes. Tras este nuevo aumento del desempleo, la tasa de paro se incrementa 38 centésimos

más hasta el 25,02%, con lo que por primera vez hay uno de cada cuatro españoles activos sin empleo" (*El País*, 26 de octubre de 2012).

La búsqueda de un trabajo que permitiera hacer rendir los propios talentos y sacar adelante a la familia ha sido siempre el principal motor de la emigración. Como en España se les cierra el horizonte, los jóvenes españoles con mejor preparación son ahora quienes marchan a Londres, Frankfurt, Hong Kong o Tokyo para abrirse camino, pues en esos lugares se les ofrecen más posibilidades laborales. Esto ha sido así siempre —como suele decirse— desde que el mundo es mundo, como testimonia la realidad de tantos países americanos nacidos de la inmigración internacional. Quienes han cambiado de lugar de residencia para labrarse un porvenir son muchas veces los mejores trabajadores, aquellos que traba-

jan más y mejor, porque su labor profesional tiene un sentido que trasciende su mera realización personal.

En esta reflexión sobre el trabajo deseo compartir con los lectores de *El Pulso Argentino* las "leyes de Nubiola" sobre el trabajo que aprendí de mi padre desde mi infancia. Emulando quizás a las leyes de Parkinson o al Principio de Peter en boga en los años sesenta del siglo pasado, mi padre, gran trabajador, quiso acuñar en cuatro fórmulas breves su experiencia de muchos años sobre la eficacia en el trabajo. Voy a reseñarlas aquí añadiendo, si es el caso, algún comentario aclaratorio.

1. LEY DE LOS PAPELES

"La eficacia del trabajo de una persona es inversamente proporcional al número de papeles que habitualmente se hallan sobre su mesa". Todos hemos visto oficinas con mesas ocupadas por montones de papeles, sobres de correo sin abrir, libros abiertos y en desorden. Una mesa cubierta de papeles podría dar la impresión, a primera vista, de mucho trabajo, pero si la imagen se repite habitualmente se comprueba siem-

pre que quien trabaja en esas penosas condiciones suele ser muy ineficaz. Desde hace años me he acostumbrado a tener en mi mesa de trabajo sólo los papeles estrictamente indispensables para lo que esté preparando o escribiendo en ese momento y, al terminar la jornada, dejo siempre la mesa del todo limpia. Estoy persuadido de que quienes tienen muchos libros y papeles sobre su mesa, llevan tanta impedimenta consigo, que sólo con una enorme dificultad pueden avanzar en su trabajo.

2. LEY DE LAS PALABRAS

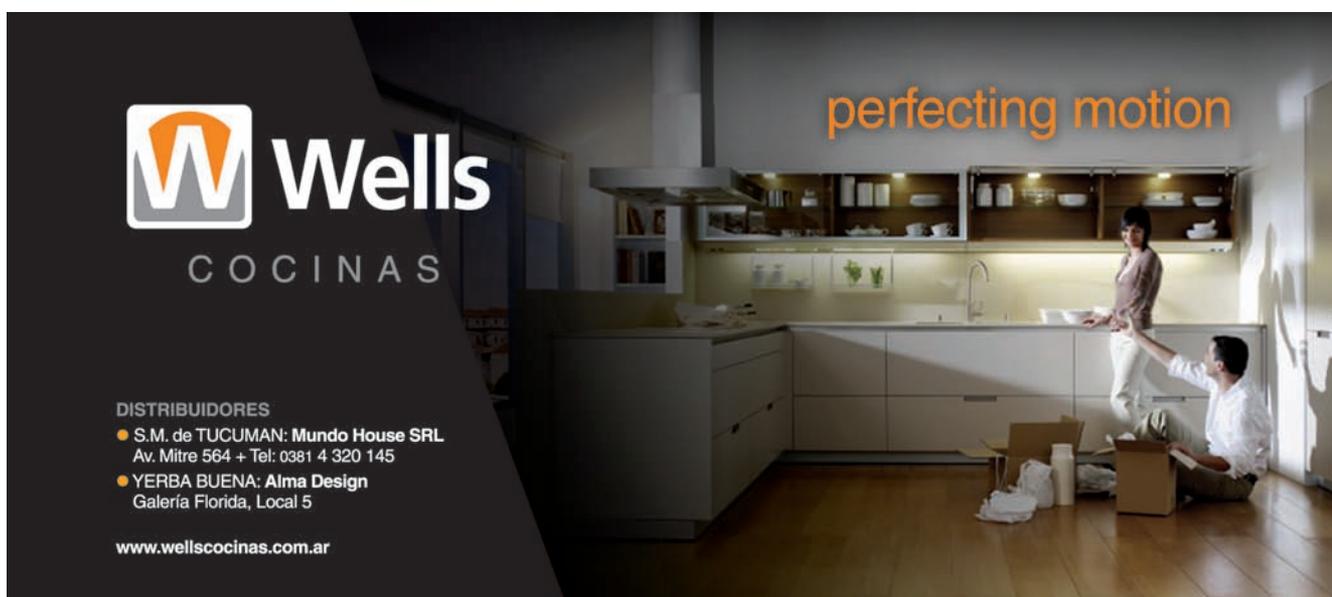
"La eficacia en el cumplimiento de un encargo es inversamente proporcional al número de palabras utilizadas para transmitirlo". Cualquier comentario resulta superfluo. Su brevedad lapidaria hace de esta segunda ley un principio indispensable para cualquier organizador o gobernante que quiera que su acción directiva sea realmente eficaz. Encargos breves en su formulación, pero bien pensados, de forma que abran puertas y no cierren posibilidades creativas de crecimiento personal a quien lleve a cabo la tarea asig-

nada. Trae a la memoria aquello de Pascal en sus *Cartas Provinciales*: "Te escribo una carta larga porque no tengo tiempo de escribir una carta corta".

3. LEY DE LOS PERFECCIONISMOS

"Los trabajos requieren un tiempo adecuado —y normalmente previsible— para realizarlos bien. Si se emplea más tiempo del necesario en detalles de perfeccionismo, la perfección del trabajo es inversamente proporcional a ese exceso de tiempo". En contraste con la segunda, esta tercera ley es un poco más complicada en su formulación, pero su contenido es bien fácil de comprender. Basta quizá con apelar a la experiencia de cada uno. Cuando dedicamos un tiempo excesivo a detalles que verdaderamente no tienen importancia disminuye mucho la eficacia de nuestro trabajo.

Una atención desmedida a aspectos irrelevantes no hace mejor un trabajo, sino que lo empeora. Hay muchas profesiones en las que actuar rápidamente es además del todo indispensable: el buen cirujano cardiovascular que es rápido en su intervención dismi-



Wells
COCINAS

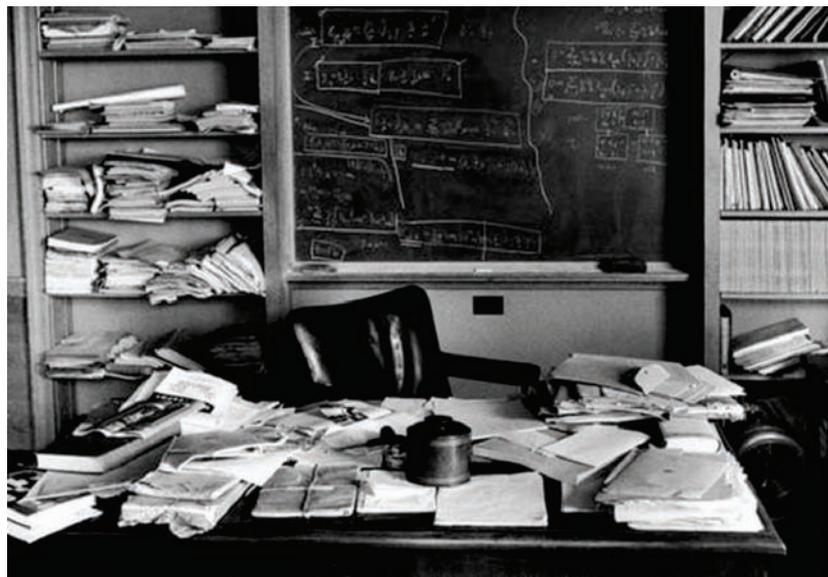
DISTRIBUIDORES

- S.M. de TUCUMAN: **Mundo House SRL**
Av. Mitre 564 + Tel: 0381 4 320 145
- YERBA BUENA: **Alma Design**
Galería Florida, Local 5

www.wellscocinas.com.ar

perfecting motion

CONLALAVE.COM



nuye en mucho la pérdida de sangre y elimina muchas fuentes de problemas. El profesor que se eterniza corrigiendo los trabajos o exámenes de sus alumnos no tiene tiempo después para entrevistarse con ellos y atender a sus posibles reclamaciones. El principal defecto —se trata más bien de un *exceso*— de las personalidades perfeccionistas al realizar un trabajo determinado es dedicar un tiempo excesivo a detalles que hubiera sido quizá mejor pasar por alto. Como me gusta decir, "no buscamos la perfección, sino el perfeccionamiento".

4. LEY DE LAS PERSONAS

“La eficacia en la realización de un trabajo colectivo es inversamente proporcional al número de personas responsables que lo planean si éste es superior a tres”. Lo que en esta cuarta ley se formula es que en las tareas colectivas, por ejemplo, la construcción de un edificio, la organización de un evento público o cualquier otra tarea que im-

plique a diversos colectivos que deban articular su acción en el tiempo al servicio de un fin común, debe haber siempre como último responsable un núcleo de personas que no sean más de tres.

La otra cara de esta ley es que en una organización debe evitarse que toda la responsabilidad y la capacidad de decisión residan en una sola persona. El gobernante inteligente, en cambio, suele asociar a su acción de gobierno a un par de personas competentes de forma que su dirección se enriquezca con otros pareceres e incluso, llegado el caso, puedan reemplazarle. Por el contrario, cuando los organismos de dirección crecen de tamaño desmesuradamente para que en ellos estén representados los diferentes intereses en liza casi siempre quedan abocados a la inoperancia.

Estas cuatro leyes acuñadas por mi padre con estas o parecidas palabras resultan —me parece— clarividentes para incrementar la eficacia en el trabajo en estos tiempos de creciente complejidad

tecnológica y globalidad. A estas cuatro, suele añadir mi padre un corolario aprendido de su hermano Ramón, misionero jesuita durante sesenta años en la India. Dice así: "Para llevar a cabo algo importante y urgente hay que encargarlo al más responsable y con más carga de trabajo. Es el que lo hará mejor y más rápido, pues no puede perder tiempo". Encierra también mucha sabiduría práctica: cuántas veces aquellas personas que no tienen tiempo son las que mejor pueden sacar adelante una tarea con rapidez, pues tiene que salirles bien a la primera.



TUSABIASCOMO.COM

Estas leyes remiten a hábitos culturales vigentes en el ámbito profesional. Podrán tener modulaciones particulares en un entorno laboral concreto, pero tienen validez a escala global. En los tiempos que corren se premia la eficacia en el trabajo. Esto implica tener la mesa de trabajo limpia, emplear pocas palabras al dar encargos, evitar la prolijidad perfeccionista en los detalles, no malgastar el tiempo y el esfuerzo en reuniones de dudosa utilidad, etc. Todo ello puede y debe hacerse con amabilidad y siempre con una sonrisa. La eficacia en el trabajo en un mundo globalizado no está reñida con —sino que más bien exige— las buenas maneras.